

UN VAQUEIRO

SE ESTA SUPLANTANDO A LOS HOMBRES DE LAS BRAÑAS

El tema vaqueiro es poco conocido en su dimensión real a pesar de que con frecuencia se escribe y se habla de sus aspectos folklóricos y superficiales, culpa en la que tal vez hayamos incurrido nosotros en alguna ocasión. Pero, por primera vez —al menos en nuestra corta vida— un vaqueiro-vaqueiro se ha enfrentado con el problema de su propio pueblo ante la curiosa circunstancia que le rodea y ha tomado indignado el látigo para intentar lanzar a los mercaderes del templo y escribir la curiosa historia de una suplantación étnica.

M. Campa es un vaqueiro-vaqueiro que actualmente es profesor de enseñanza media en un instituto de Gijón. El nos ha enviado este interesante informe que ofrecemos a nuestros lectores sin que nosotros tomemos partido en el caso, aunque comprendamos perfectamente las razones y argumentos de su autor. Estamos seguros de que cuanto él dice habrá de suscitar reacciones en desacuerdo. Pero creemos, que a M. Campa le asiste, cuando menos, una razón: la de su sangre que es vaqueira.



- Se conceden títulos de vaqueiro por quienes no lo son.
- Se ofrece como boda vaqueira una que no lo es.
- Hay usurpaciones morales tan graves como las físicas.

«No nos negamos a tomar parte en el juego porque arreglan la carretera por donde tienen que pasar.»

Por M. CAMPA



LOS VAQUEIROS SON OBSERVADOS POR LOS VILLANOS Y LOS CIUDADANOS

Sucesos bien dispares pero coincidentes en estar determinados, en parte al menos, por diferencias étnicas han constituido temas periodísticos de gran relieve en los últimos días del verano. Estos sucesos tienen en común no sólo estar parcialmente determinados por luchas raciales sino, a la vez, por no aparecer con tales motivaciones. El porqué la noticia de un mismo tipo de sucesos aparece en una sociedad siempre sin referencia a alguna de sus repetidas causas es un fenómeno sumamente sugestivo, bien estudiado por los psicoanalistas. En el caso que ahora comentamos, se trata de determinadas formas de racismo a las que nunca se hace referencia en nuestro ámbito cultural.

Los tópicos habituales, que encubren toda la complejidad de las luchas entre grupos distintos, pueden reducirse, entre nosotros, a estas dos tesis: 1.ª, referir siempre la discriminación racial al esquema blancos-negros; 2.ª, deducir de esto, tomando la parte por el todo, que nosotros somos, como pueblo, inocentes en todo cuanto a discriminación racial se refiere. Con lo primero empezamos por tranquilizar nuestra conciencia al alejar el problema del ámbito geográfico en que vivimos. Limitada la discriminación a las luchas blancos-negros llevamos el problema mágicamente a Rhodesia o al sur de U. S. A. Además, de este modo proyectamos sobre nuestros seculares enemigos anglosajones la peor parte de la ingenua alternativa maniquea: buenos-malos. Buenos, los negros; malvados, los anglosajones. Es decir, hemos proyectado en los enemigos —pueblos europeos no latinos que no se cruzaban con negros ni indios— sus defectos y los nuestros en este terreno. Porque lo curioso es que —a nivel teórico— no desconocemos nuestra historia nacional —las purgas y vejaciones sobre la raza no pura: los cristianos nuevos, judíos o moriscos— ni nuestra historia regional —el caso de los vaqueiros de alzada. Pero, de hecho, estos casos que

nos afectan, cuyo reconocimiento haría poner en evidencia nuestra gran tradición inquisitorial hasta a don Blas Piñar mismo, permanecen como tabúes mientras cargamos todos nuestros débitos en este asunto en la cuenta de los malhadados descendientes de los anglosajones. Pero el esquema maniqueo Blancos/Negros = Malos/Buenos no funciona históricamente. Y apurando las cosas, ni siquiera encierra hoy un mínimo de coherencia siquiera aparente. Pero, ¿cómo vamos a reconocer otras formas de discriminación racial si ello nos compromete? Sin embargo, un reciente suceso ha continuado la serie de hechos que rompen el maniqueo esquema: la discriminación de negros sobre amarillos en Uganda, transgrediendo las más elementales formalidades de la ciudadanía concedida a muchos de los asiáticos expulsados.

ARISTEBANO

Hace menos de dos meses que hemos asistido a la gran fiesta de la Vaquerada en Aristebano-Luarca. Conocido es que en numerosas Iglesias del occidente asturiano aún perduran las señales físicas del apartheid, de la segregación que se ejerció durante centurias por parte de los xaldos sobre los vaqueiros de alzada. Incluso hoy al hablar con éstos es tabú la palabra vaqueiro; y cuando se pronuncia debe ir seguida de precisiones convenientes para que no se entienda en sentido despectivo.

Sin embargo, acudimos al Alto de Aristebano esperando encontrar a una raza, antes humillada, consciente de sus valores peculiares celebrando su fiesta. Algo así como ha ocurrido con otras minorías étnicas.

Pero nuestra decepción ha sido enorme. Y nuestra sorpresa mayúscula al encontrarnos, como primera providencia, con una reunión del llamado Consejo Rector, Superior, o Su-

premo, de la Vaquerada. No dábamos crédito a nuestros ojos: en este Consejo hemos visto unas cuantas personas autonombreadas y no vaqueiras, por descontento. Es decir, en vez de los «notables» vaqueiros —que los hay: Oscar de Hollilwood, grandes financieros y hasta futbolistas del Real Madrid— nos encontramos con un grupo de villanos —de las villas— y ciudadanos —de la capital— disfrazados de vaqueiros (?) y —esto es lo grave— dirigiendo el cotarro. Nos acercamos a una pareja de la Benemérita —a la sazón de servicio— a quienes rogamos, con toda mesura, que, según procedía, detuvieran de inmediato a aquellos espontáneos disfrazados, por suplantación étnica y por conceder la alternativa de vaqueiros sin haberla recibido ellos. Y no hablo en metáfora: este Consejo Rector Superior o Supremo de la Vaquerada apócrifo procedió seguidamente a nombrar a un sinnúmero de altos personajes —de lustre para arriba— «Vaqueiros de Honor».

«¡Caramba! —exclamamos hasta cinco veces— ¡qué avisados han resultado estas gentes! ¡Y qué poco sagaz fue «alguien» acusándonos de Ignaros por desconocer el aditamento vaqueiro, al confundir el disfraz! No; que son sabios, pues sabio es el que sabe vivir, más que quien sabe de vestidos y ritos. Los altísimos señores a quienes estas gentes nombran Vaqueiros de Honor, se mostrarán, sin duda, agradecidos, por ignorar que su nombramiento no ha partido de los verdaderos vaqueiros...»

Pero yo he aprendido la villana —de habitantes de la villa— lección. Y, a partir de ahora, con un grupo de amigos, nos disfrazaremos de indios iroqueses y nombraremos genios, espíritus y demonios a las grandes personalidades del reino, a quienes también llevaremos personalmente el pergamino, para que nos despidan de esta guisa:

—Me tienen a su disposición en sus luchas tribales, municipales, o como se diga...



GIL PARRONDO, «OSCAR» DE HOLLYWOOD, ILUSTRE VAQUEIRO

DE LAS CUEVAS DEL DRACH A LA BODA VAQUEIRA

Celebrado el Consejo Rector, Superior o Supremo, de la Vaquelrada, tuvo lugar una boda auténtica—no fingida—vaqueira—de dos no vaqueiros.

El lector conoce, tal vez, las cuevas del Drach. Allí habrá contemplado un espectáculo preparado especialmente para solteronas inglesas cluecas: unos músicos—que no son músicos—tocan—no tocan nada—un violín—que es de hecho un magnetófono—sobre una lancha que se desliza sobre las procelosas aguas subterráneas.

Pues bien, el número ha sido traducido al babie; la adaptación tuvo lugar en dos tiempos: en las primeras ediciones de la Vaquelrada—como los hechos contados en un Tartu pro-Marsillach—la boda era fingida, pero los actores auténticos; en la actual versión—como en el Tartu de Marsillach—los hechos—la boda—son reales pero los actores fingidos—no vaqueiros. Ni en el Tartu de Marsillach ni en la boda vaqueira los protagonistas verdaderos han salido a escena. En otras palabras, los vaqueiros que se han casado este año no eran vaqueiros, sino mercenarios—otro signo más de actualidad—; xaldos de dos aldeas, no brañas, próximas al lugar de autos.

Después de la boda vino el baile; y los vaqueiros—a pesar de que no han aprendido a bailar con la Sección Femenina—bailaron admirablemente al son que les tocaron. El baile tuvo verdadera emoción, porque los movimientos eran monótonos y torpes, como verdadero testimonio de la dura vida de esta raza milenaria.

A continuación se merendó sobre el césped. Y los villanos no se comieron la merienda de los vaqueiros, no. Los villanos—qué honrados—tralan su merienda, que brindaron generosamente a poderosos funcionarios y figurantes de la capital.

Un vaqueiro—vaqueiro—con el que entablamos conversación nos dio a probar las «pullentas», el alimento tradicional del pueblo vaqueiro.

—¿No le parece a usted—preguntamos—que los comerciantes e industriales de las villas continúan con esto la explotación que en otro tiempo han hecho de ustedes?

—Sí, ahora nos emplean también para atraer turismo y para relacionarse con personajes importantes.

—¿Por qué no se niegan ustedes a tomar parte en el juego?

—Porque esto nos reporta un beneficio.

—¿Cuál?

—Arreglan la carretera por donde tienen que pasar.

—Ah!

Quando nos marcháramos adquirimos una postal del festival vaqueiro y, ¡oh destino implacable!, en ella aparece en primer lugar uno de los principales organizadores, que no es vaqueiro, naturalmente, pero que representa paternalmente a los vaqueiros. Por cierto que no se conforma con representar sólo a los vaqueiros y hace poco tiempo felicitaba en carta abierta publicada en un periódico de Oviedo, a un Procurador en Cortes electo—en nombre de los campesinos de Asturias—sin ser, naturalmente, campesino ni ostentar ninguna representación conferida por éstos. Cabe, lógicamente, temer que en un futuro próximo, asuma—por su cuenta—la representación de la Organización Económica Europea, de la O. E. A. y—si no encuentra objetores—hasta de la Vía Láctea.

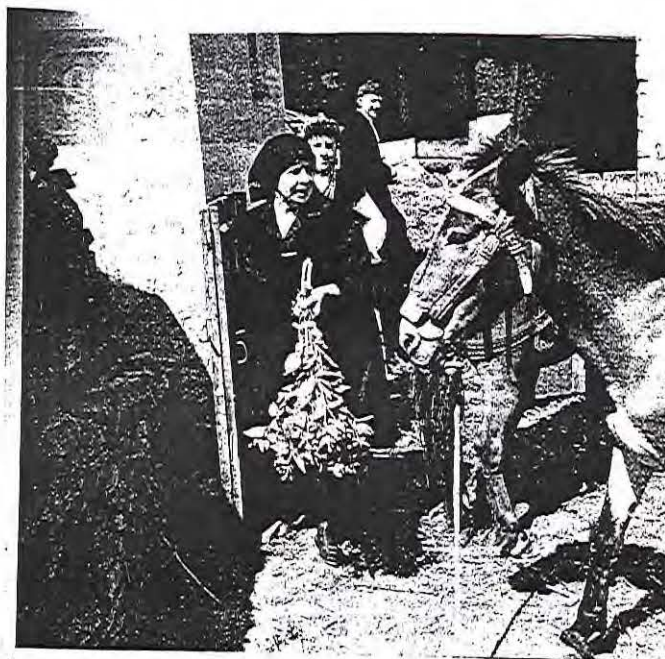
VAQUEIROS, XALDOS Y VILLANOS.

Hay usurpaciones morales que aunque no tipificadas en el código revisten tanta gravedad como las usurpaciones físicas. Asumir un grupo humano el prestigio que corresponde a otro grupo es una forma de hurto moral. Los villanos—habitantes de las villas—sólo tienen derecho a representar el papel de lo que son: de villanos. Aún hace veinte años no se les hubiera ocurrido vestirse de vaqueiros. Por los años cincuenta—al revés que ahora—tenía prestigio todo lo que sonaba a derechas. Aparecer entonces públicamente como de izquierdas o, siquiera, como pobre, aparte de peligroso resultaba mal visto. Hoy en cambio, todo el mundo se considera socialista, incluidos obispos y terratenientes andaluces. El prestigio de las reformas sociales ha hecho que incluso los ultras quieran adornarse apareciendo como socialistas. Hace veinticinco años tenía entre nosotros mejor prensa el explotador—como hombre de orden—que el explotado—como inútil. Por aquel entonces los villanos—habitantes de las villas—consideraban que la explotación del alfoz de la villa les correspondía por la gracia de Dios. Actualmente tiene más prestigio—como vigencia social—el explotado que el explotador, el vaqueiro que el villano, el cordero que el lobo. Pero abstengámonos de todo juicio valorativo. Los villanos—habitantes de las villas—sólo tienen derecho moral a nombrar—en vez de vaqueiros mayores o vaqueiros de honor—«villanos mayores» o «grandes villanos» a quienes deseen honrar con el prestigio de su propio grupo.

Yo no tengo la culpa de que la carga semántica del término «villano» sea hoy más bien negativa; la responsabilidad de ello corresponde al comportamiento histórico de los villanos mismos. Y esto no justifica de ningún modo que en vez de grandes villanos nombren a las altas personalidades vaqueiros de honor, que es un honor—el nombrar vaqueiros adoptivos—que corresponde a los vaqueiros mismos. Además de haberlos comprado la mantequilla a precios infamantes durante largo tiempo nos parece francamente excesivo que ahora se les usurpe además el prestigio que hoy tienen como grupo honrado por parte de los mismos grupos humanos que se han lucrado a su costa.

Pero la alternativa que proponemos no es, desde luego, que los villanos se desentiendan totalmente de la fiesta de la vaquelrada. En primer lugar, los Ayuntamientos de Luarca y Tineo deben mantener la subvención a la fiesta de Aristóbaldo. Y esto por dos motivos: porque no sólo están formados los concejos por los habitantes de las villas, sino también—aunque esto se olvide con excesiva frecuencia—por los aldeanos y vaqueiros. Pero, además, la subvención debe mantenerse por el turismo que atrae la vaquelrada, aunque las relaciones públicas de los villanos no deben beneficiarse en lo sucesivo suplantando a los vaqueiros mismos.

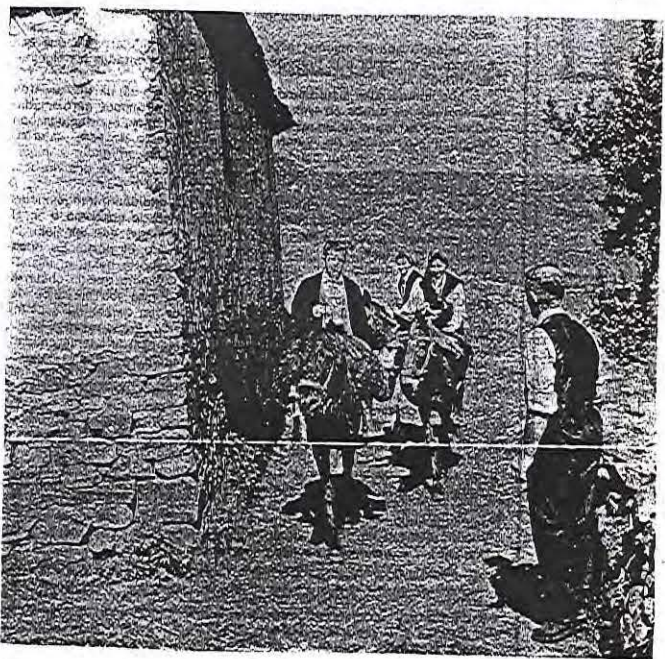
La organización de la Vaquelrada debe encomendarse—huelga repetirlo—a los vaqueiros mismos, incrementando cada año la subvención de acuerdo con el aumento del coste de la vida. Incremento que puede calcularse multiplicando las cifras oficiales del Instituto Nacional de Estadística por el núme-



ro de Sedes Apostólicas vacantes (cálculo tan riguroso como el que más).

Si los vaqueiros no organizan ni mandan en su propia fiesta esto quiere decir que continúan siendo utilizados como parte del alfoz

que tiene por cabeza a la villa del concejo. Quienes ahora sacan partido del pintoresquismo vaqueiro pertenecen a la misma clase económica y tienen los mismos intereses que quienes han saboteado una y mil veces cual-



quier intento de construir una carretera proyectada ya hace medio siglo entre Tineo y Luarca, por Paredes, que rompería el cerrado alfoz en forma de nasa que forman las brañas de verano en torno a Tineo. Esta carretera serviría para facilitar la trasumancia periódica de las brañas de verano en Tineo—Bustellán, La Tabierna, Busoullín, Cozuros—a las brañas de invierno en Luarca—Busnán, Argumoso, Busemento, Caborno, Rolloso, Silvillana—Pero, claro, esta carretera presenta un grave inconveniente: rompería la dependencia económica absoluta de la parte norte del concejo de Tineo—parte de las brañas—respecto a la capital del municipio. Ahora bien, como los Ayuntamientos están formados, predominantemente, por los comerciantes e industriales de las villas, éstos informarán siempre desfavorablemente acerca de cualquier intento de romper esa dependencia absoluta abriendo caminos que conduzcan hacia otras salidas.

ORIGEN DE LOS VAQUEIROS

Pero, ¿cuál es el origen de este pueblo singular destinado, al parecer, a la mayor gloria de la capital del alfoz? ¿Que se trata de un grupo étnico heterogéneo a las aldeas vecinas, es indudable. Desde Jovellanos hasta cualquier aldeano habitante actual de la zona todos coinciden en subrayar esto.

Desde Acevedo hasta Uría Riu han proliferado los historiadores que se han ocupado del problema. Lo verdaderamente curioso es que las aportaciones decisivas para la solución del enigma proceden de dos asturianos que apenas han visto vaqueiros: se trata de Jovellanos y Menéndez Pidal. El primero criticó con rigor las teorías de origen más o menos mitológico, desprovistas de base empírica entonces vigentes como el supuesto origen celta o arabe de los vaqueiros.

Menéndez Pidal llamó la atención acerca del sonido «ch» en «chobu, chana, chito, y que los vaqueiros diferencian totalmente del sonido «ch» del castellano de «cheve». Según el gran filólogo ese fonema «ch» encuentra en Europa solamente en el sur de Italia. En consecuencia, para Menéndez Pidal, los vaqueiros «son habitantes «dorsum» de Italia refugiados en estos montes de Asturias con motivo de alguna de las guerras civiles romanas».

A este dato de Menéndez Pidal hay que añadir dos pruebas que consideramos decisivas: en primer lugar, el alto grado de romanización que revela el lenguaje vaqueiro, con el uso mantenido hasta hoy de numerosas formas latinas—como el infinitivo «amare». Pero, además, ¿no son las «pullentas» vaqueiras el mismo alimento—la «pullenta»—de las legiones romanas?

Sin embargo, hay otros datos, al parecer, contradictorios con éstos: en primer lugar, los topónimos, la mayoría de origen germánico: Burgazal, Busnán, Bustoburniego, etc. En segundo lugar, la misma concepción de la vida, su *Weltanschauung*, es más germana que latina: el vaqueiro no tiene vinculación al terruño, al revés que el campesino limítrofe, y no sembró prácticamente en cantidad hasta tiempos recientes. Es, sobre todo, pastor y tratante; y la concepción del mundo del tratante es lo más opuesto—por lo que tiene el trato de aventura y riesgo—al espíritu campesino—previsión y apego al terruño.

Parcerá que hemos llegado a una contradicción insoluble. Creemos que no; que pueden conciliarse estos puntos a que hemos llegado: los vaqueiros son germanos—debe excluirse la posibilidad del origen árabe, ya que al comenzar la reconquista está probado que existían las mismas brañas que hoy—muy romanizados. Pero esto no es contradictorio: varios pueblos germánicos se instalaron—según señalan oportunamente los manuales de historia—dentro de los límites del imperio, viviendo la decadencia de éste. ¿No pueden ser los vaqueiros uno de esos pueblos? ¿Estaría demás orientar alguna investigación en ese sentido, hasta que quedara de manifiesto, en el peor de los casos, la falsedad de la hipótesis? Pero esto ya sería un paso adelante.